



OTRA vez, otra vez el sentimiento
 A rendir homenaje nos congrega
 En aras del talento:
 Hoy que al pesar el corazón se entrega,
 Para luchar nuestra razón es poca,
 Para gemir nuestra soberbia es mucha
 Y la esperanza sella nuestra boca;
 Mas no el amor esquivará la lucha
 Y por memorias que el cariño evoca
 Libre la voz de la emoción se escucha.

Vuelve otra vez en fúnebre sonido
 Tus notas á vibrar, cítara mía,
 Y vaguen por los antros del olvido
 Los ecos del dolor y la agonía.
 Diosa de lo inmortal, tu templo ahora
 Halle mi canto funeral abierto
 Y tus altares brillen con la aurora
 Que el génio irradia cuando sube á muerto.

Algunos por la pompa aquí llamados,
 Muchos también traídos por la pena,
 Hémos aquí, maestro congregados.

Otros acaso exhalarán clamores
 Fingiendo luto para hallar honores,
 Mas los ayes sentidos
 Brotarán de los seres conmovidos
 Que recuerden tu nombre en sus dolores...

¡Morir! ... ¿y qué?—Lanzados al abismo
 Desde el suave vaiven de nuestra cuna,

Quien siente el egoísmo
 Con que el miedo á los niños importuna,
 Nunca mira al traves del sentimiento
 Brillar la intensa luz de la victoria
 Cuyo sol es la gloria,
 Su cielo el pensamiento.
 Y nunca fuiste tú como el cobarde.
 Que alegre grita en el festin, y luego
 Trémulo de pavor balbute el ruego
 Al ver la llama que en las tumbas arde;
 La majestad serena de tu frente
 Ante la adusta majestad terrible
 De la implacable muerte
 Jamas se doblegó.—Luchar quisiste,
 Y siempre soberano y siempre fuerte
 En la lucha jamás te estremeciste.
 Entretanto ahí estás, inmóvil, yerto. . . .
 El hueco de tu cráneo es hoy desierto
 Y aun era ayer inmensidad poblada
 De grandiosas, sublimes concepciones,
 Donde era cada idea una alborada
 Y los limpios reflejos creaciones. . . .
 Hénos aquí: los que al azar vagamos
 Por el espacio de la ciencia oscura,
 Y el nombre de los sabios veneramos,
 Y los que van por el sendero hermoso
 De la existencia amena,
 O yacen en riquísimo reposo;
 Los que el dolor condena,
 Los que el placer reclama
 Y los que nunca en sus oídos suena
 El eco de los triunfos y la fama,
 Hénos aquí de admiracion postrados
 Ante un coloso de la ciencia unguido,
 Coloso que llevaba encadenados
 El miedo y el gemido.

Yo no sé qué hay de inmenso en el que sueña,
 Como soñabas tú miétras sufrías,
 Con la vista en lo grande y lo desdenea;
 En su pupila algo inmortal se asoma
 Al rodar hasta el hueco de la tumba

Sin un gesto de horror y sin un grito,
 Como rueda la mole de granito
 Que al empuje del rayo se desploma.

Buscador de un secreto,
 Acaso visionario,
 Víctima tú tambien, llegó tu instante. . . .
 Si temblaste lo sabe ese sudario
 Que envuelve tus despojos de gigante.
 Sublime sacerdote de la vida,
 No con mi acento vengo á profanarte:
 Con toda mi conciencia estremecida
 A solas te daré mi despedida
 Cuando empiecen los hombres á olvidarte.

F. FRIAS Y CAMACHO.



SEÑORES:

COMO Presidente que soy actualmente de la Sociedad Médica de Beneficencia de México, tengo el honor de representarla en esta triste circunstancia, para manifestar su profundo dolor por la pérdida inmensa que todos deploramos. Ella está cubierta de luto, y sus lágrimas salen de lo más íntimo del corazón, no solo porque era el Dr. Jimenez uno de sus miembros más antiguos y de sus más fieles cooperadores, sino tambien porque en el seno de la Sociedad, él representaba muy á lo vivo el espíritu de pura filantropía que es la base y el objeto de su existencia. Disfrutando él mismo abundantes bienes de fortuna, nada tenia que esperar de esa Sociedad, por cuya prosperidad trabajaba sin más interés que el de auxiliar á sus compañeros desvalidos. Era, pues, para nosotros un riguroso y sagrado deber el levantar nuestra voz en tono de gratitud para honrar la memoria del distinguido Dr. Jimenez.

Pero faltaria yo al impulso de mi corazón si me limitara á recordar os méritos que adquirió el Dr. Jimenez en la Sociedad de Beneficencia;